

LOS RETOS DE LA UNIVERSIDAD VINCULADA A LA IGLESIA CATÓLICA EN EL MÉXICO DE HOY

JORGE E. TRASLOSHEROS

Resumen: En este artículo el autor, desde su punto de observación como académico que trabaja en la universidad pública y laica, nos presenta una serie de reflexiones sobre los retos de las universidades que se reconocen vinculadas a la Iglesia católica, sea que se definan como católicas o simplemente de inspiración cristiana. Señala como al principal problema de ello a la crisis de identidad que lastra seriamente su misión evangelizadora. Para resolver la crisis es necesario superar el catolicismo vergonzante en cualquiera de sus formas, así como en la fragmentación de la conciencia generada por una cultura que hace del ser humano un objeto de uso y abuso, presa de la dictadura del relativismo, en detrimento de la dignidad de cada persona. Sólo superando la crisis de identidad se podrá responder afirmativamente al reto lanzado por el Papa Francisco, en su Exhortación Apostólica sobre la alegría del Evangelio, para transformarse en auténticas constructoras de puentes de diálogo y encuentro en una sociedad marcada por la pluralidad, en educadoras de discípulos y misioneros en el ámbito de la cultura, demostrando la armonía entre la fe y la razón y, así, evidenciar la importancia del mensaje cristiano para una vida plena y auténtica.

Palabras clave: Iglesia católica, universidad, identidad, cultura del descarte, discipulado misionero

Abstract: In this article the author, from his vantage point as an academic working in public and secular university, presents a series of reflections on the challenges of universities that are recognized linked to the Catholic Church, is to be defined as Catholic or simply Christian inspiration. The main problem of this is the identity crisis which seriously hampers their evangelizing mission. To resolve the crisis is necessary to overcome the shameful Catholicism in any of its forms, as well as fragmentation of consciousness produced by a culture that makes the human being an object of use and abuse, dam of the dictatorship of relativism, to the detriment of dignity of every person. Only by overcoming the identity crisis it can answer yes to the challenge given by the Pope Francis, in his Apostolic Exhortation on the joy of the Gospel, to become authentic builders of bridges of dialogue and encounter in a society marked by plurality in educators disciples and missionaries in the field of culture, demonstrating the harmony between faith and reason, and thus demonstrate the importance of the Christian message for a full and authentic life.

Key words: Catholic Church, university, identity, culture of discarding, missionary discipleship

En mi reciente exhortación apostólica sobre la alegría del evangelio he reiterado la dimensión misionera del discípulo cristiano que debe ser relevante en la vida de las personas y en la tarea de cualquier institución eclesial. Este compromiso de "discipulado misionero", tendría que percibirse de forma especial en las universidades católicas que, por su naturaleza, están comprometidas en demostrar la armonía entre fe y razón y en evidenciar la importancia del mensaje cristiano para una vida plena y auténtica.

PAPA FRANCISCO, 30 DE ENERO DE 2014

1. Un punto de observación

Deseo compartir una serie de inquietudes sobre los retos de la universidad de identidad católica en el México de hoy. Creo que lo mejor es aclarar de entrada el lugar desde el cual hago mis observaciones. Soy un laico del común, católico de a pie y ciudadano del montón. No pertenezco a ningún movimiento eclesial, si bien mantengo amistad con personas que se han afiliado a muchos de ellos, de carismas muy variados, a quienes admiro por su vida y testimonio. Estoy convencido de que existe algo que bien podríamos llamar la "ecúmene" católica con la cual me siento muy comprometido. Esta "ecúmene" nos indica la complejidad de nuestra Iglesia y su enorme riqueza.

También soy historiador, profesor-investigador de tiempo completo del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Un medio cultural altamente secularizado donde la descalificación de la persona que profesa alguna religión, con especial virulencia si es católico, ha sido moneda corriente durante décadas alcanzando, en ocasiones, niveles de persecución de baja intensidad. Sin embargo, justo en la UNAM he podido comprender la inmensa necesidad de Dios que existe en nuestra sociedad, así como la importancia de una conciencia firme y clara capaz de llamar a la esperanza. Una propuesta que, en la Universidad donde trabajo, significa poner en diálogo la fe y la razón para dismantelar la dictadura del relativismo que nutre la cultura del descarte y la globalización de la indiferencia, tan tenazmente desenmascaradas por el Papa Francisco.

Éste es el lugar donde Dios me ha puesto y desde aquí observo algunos retos que enfrentan las universidades vinculadas a la Iglesia católica, sea que se llamen católicas o de inspiración cristiana. Quiero que se tomen mis palabras como las de un hermano en la fe que aprecia la vida universitaria desde una atalaya muy distinta, con la esperanza de

que mis palabras sirvan de algo a las reflexiones y búsquedas de mis hermanos. Lo cierto es que los retos en la vida de cualquier católico empiezan en su propio corazón. Una verdad sostenida por la Iglesia desde tiempo inmemorial, digamos desde las palabras de Jesús de Nazaret. Con el corazón en la mano comparto una serie de inquietudes.

Hoy en día, lo veo desde donde yo me encuentro, las universidades ligadas a la Iglesia católica enfrentan un problema de credibilidad fuerte porque su identidad se encuentra seriamente dañada. Cuando estamos ante una universidad católica o de inspiración cristiana, la credibilidad no depende de los números, la eficacia administrativa o la calidad académica. Sin duda son importantes, pero en manera alguna decisivas. Si tal fuera el caso, hubieran alcanzado su objetivo hace muchos años. Sin embargo, hoy enfrentan un problema serio de credibilidad. Esto nos demuestra que lograr la eficacia resulta notoriamente insuficiente. Esto ya las distingue de las demás universidades públicas y privadas del país. No basta con ser excelentes.

Los católicos, como nuestras instituciones, tenemos frente a nosotros un dilema en cuya resolución se nos va la vida. La palabra católico puede ser usada como adjetivo calificativo, así decimos un historiador católico, una universidad católica; pero al hacerlo le transformamos en algo contingente y, por ende, en simple ideología que se puede abandonar, cambiar o manipular. Por el contrario, si católico se torna sustantivo, entonces define mi identidad y mi ser en el mundo. Ya no es una ideología, sino lo que constituye mi persona y define mi lugar en el mundo, mis creencias, mi relación con los demás, se transforma en el suelo firme que sostiene mis pasos.

Lo único que otorga credibilidad a un católico es nuestra capacidad de dar razones de nuestra esperanza a partir del testimonio de nuestra fe, con caridad y verdad. Sólo de esta manera es posible transmitir la riqueza de la fe a las generaciones confiadas a nuestra educación. Hoy en día, acorde con el magisterio del Papa Francisco en continuidad con sus antecesores, esto nos impele a convertirnos en auténticos discípulos y misioneros del Nazareno, una forma de ser en el mundo clara y bellamente explicada en la reunión de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano celebrada en el Santuario de Aparecida, Brasil, 2007.

Atento a las anteriores consideraciones observo tres retos que en manera alguna pueden ser evadidos, directamente vinculados con la recuperación del sentido de misión y evangelización de la universidad católica en México o de inspiración cristiana, como algunas prefieren identificarse: uno, sobreponernos a nuestra propia historia como Iglesia; dos, poner en diálogo la fe y la razón para vencer la dictadura del relativismo para así; tres, enfrentar la crisis cultural que vivimos en México, la cual ha tomado el rostro de una violencia tan banal como devastadora.

2. Superar el trauma de una difícil historia

La historia de la Iglesia católica universal en el siglo XX y lo que va del XXI, está marcada por la persecución, el martirio, la confusión, la reconstrucción de la unidad y de la claridad doctrinal en torno al sucesor de San Pedro y, en los últimos tiempos, por los aprestos para recuperar el dinamismo pastoral.¹ Este renacer de la Iglesia no será espectacular, pues el único espectáculo esperable para un cristiano es el del cordero de Dios clavado en la Cruz y resucitado. Bien lo dijo el Papa Francisco en su primera homilía como sucesor de san Pedro. El católico tiene que caminar con Dios, edificar la Iglesia y confesar a Cristo en la Cruz, porque quien no le reza a Dios le reza al Diablo.

La historia de la Iglesia en México en el siglo XX no fue la excepción. Inicia con una terrible persecución que se prolongó violenta y arbitraria de 1914 a 1938, conociendo su fase más sangrienta durante la llamada guerra cristera (1927-1929). Una cuarta parte del siglo que entregó a la Iglesia multitud de mártires que, por honestidad, no podemos mantener en el olvido. Las consecuencias en la vida intelectual de semejante persecución se dejaron sentir, con toda su fuerza, en dos ámbitos.

Por un lado, la mayoría de los institutos de estudios superiores eclesiásticos –seminarios y universidades– fueron cerrados y los que sobrevivieron fueron desconocidos, marginados y, finalmente, eliminados de la vida pública. Por otro lado, la identidad católica fue expulsada de la vida intelectual y de la vida pública. Ser católico ha sido visto desde entonces como “políticamente incorrecto”, peor aún el aceptarlo y manifestarlo de manera pública y abierta. Este proceso se ha profundizado con el avance de un laicismo agresivo y excluyente que se confunde con el proceso de secularización.

La agresión ha llegado al grado de suponer, fuera y dentro de la Iglesia, que la única forma “correcta” de ser católico es tomando una actitud hipercrítica ante las “estructuras jerárquicas” de la institución, completado con el desprecio o desconfianza al “fanatismo de la religiosidad popular”. Es decir, siendo un católico anticlerical y contestatario ante el

¹ Esta suerte fue común a las iglesias cristianas de tradición apostólica que son todas las fundadas por Cristo en sus apóstoles y confortadas en su primigenia unidad por el ministerio de San Pedro. Persecución y martirio común a las iglesias derivadas de los grandes patriarcados que fueron, en orden de prelación, Roma, Constantinopla, Antioquia, Alejandría y Jerusalén. Ninguna de estas iglesias escapó a la constante persecución y martirio, empezando por el terrible genocidio cometido por los turcos contra los cristianos armenios, y que hoy se prolonga en China y Cuba por lo menos. Como bien ha señalado Benedicto XVI, las persecuciones nunca terminarán, sólo que ahora van tomando formas muy sofisticadas con descalificaciones y ataques promovidos por los llamados “think tanks” con gran poder en los medios de comunicación y que son grandes productores de cultura de masas. Después de todo, no podemos olvidar ninguna de las bienaventuranzas.

magisterio, la tradición y las devociones del pueblo, una forma algo perversa de confundir su identidad con lo políticamente correcto. No quisiera ser mal interpretado, pero la auto-crítica es vital para la Iglesia. No podemos renunciar a la dimensión profética de nuestra fe, sin embargo, no debe ser confundida con la beligerancia acrítica que compra consignas en el supermercado de la corrección política. Mucho menos debemos justificarle como medio para ganar audiencia o simpatías entre la inteligencia liberal o conservadora o en los medios de comunicación, hábdos de la nota de color.

La situación de acoso cultural he tenido efectos devastadores para el testimonio de la fe. Sea por temor a la agresión o por sumarse a la corrección política, nos hemos convertido en católicos vergonzantes. Estoy cierto que éste es el primer gran problema que enfrentamos como católicos metidos a académicos, intelectuales y profesionistas .

Para explicar la dimensión del problema quiero echar mano de una metáfora. La Iglesia debe respirar con dos pulmones. Uno es la religiosidad cotidiana que en el conjunto de sus manifestaciones suele llamarse también popular y de la cual todos participamos. Se compone de prácticas y tradiciones personales, familiares, parroquiales, regionales, nacionales, continentales, de peregrinaciones y devociones, de organizaciones sociales y religiosas que no reconocen más límite que la fidelidad y la imaginación.

El otro pulmón de la Iglesia es su intelectualidad. En el devenir de la Iglesia en México a lo largo del siglo XX, el Estado y los grupos políticos dominantes permitieron las manifestaciones de la religiosidad popular, si bien con limitaciones, entre otras cosas por tratarse de un elemento cultural que daba y sigue dando identidad y cohesión a México. Sin embargo, la destrucción física de su intelectualidad durante la persecución, y la posterior agresión de baja intensidad, dejaron al pulmón intelectual, académico y profesional lánguido, escondido, mal formado y con serios problemas en su funcionamiento. Los católicos trabajadores del intelecto fueron desmembrados, marginados, ridiculizados al grado de generar el fenómeno del catolicismo vergonzante arriba expuesto, ya sea en su versión de acomodo a la moda anticlerical, o malamente ocultándose en las sombras.

Un grave problema hoy en día es que el pulmón de la religiosidad popular ya no puede seguir trabajando solo y empieza a dar muestras de agotamiento. Como bien señaló Benedicto XVI, es urgente meterle inteligencia a la piedad popular y, al mismo tiempo, nutrirnos de su sabiduría.

La religiosidad del católico de a pie necesita inteligencia para dar razones de su esperanza, pero resulta que el pulmón intelectual no está ahí para ayudarle. Es imperiosa, pues, la formación y la organización de la intelectualidad católica, labor propia de las universidades que, lejos de legitimarse metiéndole de patadas al pesebre, de presentarse

como la última coca-cola del desierto, o bien, sumiéndose en la irrelevancia ocultando la fe en el espacio público, asuman a plenitud su identidad católica, es decir, el significado de vivir inspirados por Cristo. Trabajadores del intelecto que, desde su carisma y abiertos a la diversidad tan característica de la Iglesia, hagan la tarea que les corresponde en la explicación y el rejuvenecimiento de nuestras tradiciones, dando vigor con las ideas y en los hechos a nuestra identidad, al proceso de evangelización de nuestra cultura, en la nueva evangelización de México. El Papa Francisco nos ha recordado, en varias ocasiones, que ser cristiano es ser misionero ahí donde Dios nos ha puesto: en nuestro caso, ser misioneros en y desde la universidad.

Estoy cierto, plenamente convencido, que la responsabilidad de los universitarios y las universidades de identidad católica es emprender la ingente tarea de reconstituir la intelectualidad de identidad inequívocamente católica, desde la diversidad de carismas, en unión con Cristo y su Vicario, en colaboración y diálogo en la caridad con el Magisterio, con otras instituciones educativas también católicas y con todos los miembros de la Iglesia, reconociendo en cada uno de ellos, sea laico o religioso, un hermano en la fe más allá de cualquier posicionamiento coyuntural que llame a división. Sólo así podremos construir una cultura del diálogo y del encuentro al interior de la Iglesia y de ésta con la sociedad.

En esta lógica observo dos tareas de formación y desarrollo que urge atender. El diálogo entre fe y razón, y el combate a la cultura del descarte.

3. La dictadura del relativismo y la crisis de la razón

La primera encíclica del Papa Francisco estuvo dedicada a la fe, y nadie se atreva a afirmar que no es su magisterio. El firmó el documento y no le tembló la mano. En esta genial encíclica no buscó defender la fe, no hacía falta; pero sin duda hizo una sorprendente apología de la razón.

En un primer momento, critica ciertas corrientes culturales que han pretendido asociar la fe con lo irracional y oscuro de la experiencia humana. Las critica porque han provocado el encierro de la razón en la cárcel de las ideologías, generando la profunda crisis que le ha dejado encerrada, limitada y lánguida. Por lo mismo, para expandir el horizonte de la razón la encíclica nos muestra la experiencia de la fe en la vida de la persona en su relación con Dios, con la sociedad, con la naturaleza, con el sufrimiento y la historia. Vivencia que, por ser profundamente humana, es capaz de iluminar a la razón para encontrar caminos de justicia y paz.

En efecto, la dictadura del relativismo, que domina el pensamiento hoy en día, es la negación misma de la razón. Nuestra cultura ha perdido la confianza en la razón, provocando su divorcio de la fe. Sólo cuando ponemos en contacto la realidad, la razón y la fe, podemos comprender la dimensión de esta catástrofe. Veamos.

La realidad es el lugar donde vivimos y no tenemos más alternativa que aceptarlo, sobre todo si queremos transformarla. La razón, por su parte, es el don con que contamos para hacer una lectura adecuada de esta realidad. La fe es la brújula que nos orienta en nuestro diario caminar. Dicho en otros términos, si la realidad es el mapa de nuestra existencia, la razón nos permite comprender el mapa y la fe nos orienta para caminar con rumbo cierto.

El supuesto de la dictadura del relativismo es que nuestra razón no puede acceder a la verdad en manera alguna. Sólo queda el sentimiento y la llana subjetividad. Cualquier predicado será resultado del simple consenso del grupo, una construcción cultural al gusto del consumidor. Una propuesta de intelectuales sin talento, como bien lo dijo Francisco. La dictadura del relativismo, entonces, nos lleva a perder la confianza en la razón. Nos ha vuelto incapaces de comprender nuestra realidad en su gran complejidad y nos ha incapacitado para orientar nuestra vida con rumbo cierto, cual servidores de la Verdad, así, con mayúscula.

Por eso el Papa Francisco ha explicado con enorme claridad en su Exhortación Apostólica, la necesidad de dar primacía a la realidad sobre la idea. Cuando se invierte la relación, entonces negamos la realidad, encerramos la razón en la cárcel de las ideologías y negamos el potencial liberador de la fe.

Dicho lo anterior, es momento de comentar tres consecuencias muy virulentas que afectan la vida de las universidades y su relación con la sociedad. De manera muy especial, las universidades católicas o de inspiración cristiana.

Primera. Puesto que cada quien es portador de "su verdad", entonces nadie tiene derecho a cuestionar al otro, a riesgo de violar el código moral de la "corrección política". Los grupos sociales se dedican a levantar muros. En su encierro se tornan autorreferenciales y la razón se enferma. Los puentes del encuentro personal quedan rotos y la comunicación se pierde. La cultura, que vive del diálogo y del encuentro, se vuelve "light" y se condena a la mediocridad.

Segunda. Somete nuestra condición humana al capricho del "consenso" prefabricado. La persona se reduce a cosa, como ha denunciado Francisco. En el ámbito de los derechos humanos se resiente su veneno. Al separar la cultura de la naturaleza humana se abre el camino a la biopolítica y la bioética para determinar, en un acto de poder, quién debe morir según el grado de eficiencia funcional o neuronal del individuo. Quien no alcance el reconocimiento de la ley, no califica como plenamente humano. La vida se vuelve un

producto desechable. Sus corifeos son los promotores de una ética sin bondad, como denunció el Papa Francisco.

Tercera. La dictadura del relativismo produce una conciencia fragmentada que incapacita a la persona para actuar con coherencia en la sociedad y dar una respuesta integral a los retos de una cultura deshumanizante.

Lo que aquí presentamos no son accidentes, sino la nuez de la propuesta cultural de nuestros días. Crear individuos despersonalizados, es decir, con personalidades moldeadas al gusto del mercado, seres aislados, sentimentalistas y dóciles que reducen la experiencia de la libertad al simple cumplimiento del capricho. Como diría el gran Chesterton, maleables por el gran mercado y el gran estado. Es la cultura del descarte que de forma tan valiente ha denunciado el Papa Francisco.

Por lo anterior, estoy convencido, la tarea más importante de la universidad vinculada a la Iglesia católica es restablecer el diálogo entre la fe y la razón mirando siempre a las realidades de nuestra existencia. Una mirada desde el Evangelio para iluminar la razón y ampliar sus horizontes. Necesitamos respirar profundo el aire de la fe para responder con rumbo cierto a los grandes retos de nuestra sociedad. Pero, ¿qué significa esto para nuestro dolorido país?

4. La crisis cultural de México

En México vivimos tiempos problemáticos y los católicos, como cualquier ciudadano de la calle, nos sentimos también azotados, mareados, como extraviados en la ruta a seguir. La raíz de la crisis que nos agobia es de índole cultural y deriva de un asunto trágicamente sencillo: el ser humano ha sido puesto a debate. Como bien lo señaló Henri De Lubac en el momento en que las tropas nazis atenazaban París, se ataca de manera frontal a Dios bajo el supuesto de promover al Hombre, cuando en realidad se ha emprendido un ataque directo contra nuestra humanidad. Se le ha puesto precio al ser humano y ahora se le exhibe en remate mercantil.

Jesús nos dijo que no podemos amar a Dios sin amar al prójimo; pero también nos dijo que no podemos amar al prójimo olvidándonos de Dios. La sociedad, qué duda cabe, puede organizarse prescindiendo de Dios, pero al hacerlo más temprano que tarde acabará por tornarse contra el Hombre, por crear una cultura deshumanizada. El asunto me parece claro. Si el ser humano se vuelve la medida de sí mismo, si se presenta como hechura de sus propias manos, el destino es la muerte de Narciso, quien se arroja al lago embelesado

con su propia imagen. Si, por el contrario, nos damos cuenta que la medida del Hombre es Dios, si en verdad asumimos que estamos creados a su imagen y semejanza, entonces nuestra historia estará marcada por el amor, la trascendencia y el Misterio.

La violencia, entonces, no deriva de la crisis de valores como suele afirmarse. La crisis de valores no es la causa eficiente de la violencia porque los valores son consecuencia de lo que afirmamos es el ser humano. Esta afirmación es importante, pues llena de significado los valores que decimos profesar en forma tal que orientan nuestra conducta.

Nuestra cultura reduce a cada persona a un simple objeto, a una cosa de cambio, nos enajena y destruye. Sus manifestaciones las observamos, por citar ejemplos, en el aborto, el abandono de las mujeres, el machismo, la violencia intrafamiliar y la crisis de la familia, el tráfico de seres humanos, el narcotráfico, la corrupción privada y pública, la explotación creciente de los trabajadores. No importa quién ejerza la violencia, si ésta es abierta o de baja intensidad, si está legalizada o es clandestina, si mata con metralletas o si nos morimos de miedo, apatía o abandono.

La reducción de la persona a cosa es posible por la ausencia de una visión integral de nuestra humanidad provocada, precisamente, por el dominio de conciencias fragmentadas. Lo que observamos son propuestas culturales y políticas incapaces de promover, de manera integral, nuestra vida y dignidad. Así, algunos defienden a los migrantes por un lado, mientras promueven el aborto por otro; unos promueven la democracia, mientras batallan contra la libertad religiosa... y así podríamos indicar una serie muy larga de antinomias que, al final, revelan hasta donde la fragmentación de nuestra conciencia se ha convertido en el alimento de la crisis cultural y de violencia que vive México. Una tormenta que parece tomar cada vez mayor fuerza.

En otras palabras, la más perniciosa consecuencia de la dictadura del relativismo y del divorcio entre la fe y la razón, es la fragmentación de nuestra conciencia y con ello la de nuestra humanidad.

Como bien sabemos, la conciencia es el núcleo de la persona, de cualquier persona. Si la conciencia se encuentra fragmentada, entonces se torna incapaz de apreciar la realidad de manera integral. Si esto sucede, la persona vive desgarrada e incapacitada para pensar con coherencia y actuar en consecuencia. Su relación con el mundo se encuentra fuertemente limitada. Una persona así fragmentada es presa fácil de una cultura de violencia, pues puede justificar su crecimiento sin darse cuenta, mientras cree combatirla por otro lado. Es común observar gente de buena voluntad que defiende a las ballenas, las focas y las selvas, lo que es encomiable; pero se manifiesta partidario decidido del aborto y la eutanasia.

Sin embargo, en medio de la tempestad asoma una esperanza. La Iglesia católica tiene una clara visión sobre la integridad de la vida y dignidad de cada ser humano y no porque tenga una filosofía superior, sino porque Cristo nos muestra el camino a nuestra plenitud humana. La Iglesia tiene la moneda en la mano y ésta es el óbolo de la viuda. Tiene la capacidad de hacernos entender por el diálogo entre la razón y la fe que, solamente en el reconocimiento integral de la vida y dignidad humanas es posible construir esta cultura del encuentro que tanto anhelamos en México.

Cuando la Iglesia habla de vida, familia y matrimonio; de justicia y paz; de libertad religiosa y educación; de la innegociable dignidad de cada persona, lo que afirma es que son aspectos diversos de una sola humanidad y, por ende, constituyen una misma propuesta cultural. Hoy en día, sólo la Iglesia parece verlo con claridad porque la conciencia cristiana es, por sí misma, integral. Deriva de la ternura con que Dios nos mira a través de los ojos de Jesús.

Una visión del ser humano tan profundamente razonable puede atraer a hombres y mujeres de buena voluntad, porque es accesible a la razón, prescindiendo incluso de la revelación, y en esto no hay medias tintas. Se acepta la dignidad de nuestra vida de manera integral o nos deslizamos al absurdo de nuestra destrucción.

La violencia retrocede cada que somos capaces de reconocer en la realidad el mapa de nuestra existencia, cuando afirmamos nuestra confianza en que la razón es el don que nos permite leer este mapa de manera coherente y en que la fe es la brújula que nos ayuda a encontrar el camino de paz y justicia. Retrocede cada que hacemos el esfuerzo por integrar nuestra conciencia frente a lo que sucede en el mundo y lastima al ser humano, es decir, cuando luchamos contra nuestra fragmentada conciencia.

Como católicos, nuestra conciencia empieza a operar de manera coherente cuando somos capaces de alegrarnos por igual ante la acción de un católico que defiende a los migrantes o a los indígenas, a las víctimas del crimen organizado, como aquel que defiende a los concebidos, rescata a una mujer embarazada, atiende a un enfermo terminal o lucha por la libertad religiosa. Todo está vinculado porque la solidaridad con nuestro prójimo es alta expresión de la caridad, como bien expresó Benedicto XVI.

El valor intrínseco de cada persona, reconocible por creyentes y no creyentes, es lo que otorga a las cosas su justo orden racional y, por lo mismo, sustento a una acción realmente ética. Cuando los dirigentes del Estado y los gobiernos, cuando desde la sociedad civil, desde la Universidad, por el pretexto que sea, se ignora esta inveterada verdad, entonces se crean monstruos, los mismos que desde lo profundo de su silencio denunciara Goya. El terrible Saturno que vive de engullir a sus hijos.

5. Proponer en el debate por la cultura

Seamos muy sinceros. Los católicos no somos inmunes a sufrir el síndrome de la conciencia fragmentada, lo que afecta decididamente nuestro modo de aproximarnos a la realidad como Iglesia, a nuestro natural diálogo entre fe y razón, tan natural a la fe como que Dios mismo se nos revela como Logos y Misterio. La existencia de una conciencia fragmentada nos incapacita para proponer las verdades del Evangelio en medio de esta batalla por la cultura.

Frente al panorama de la cultura del descarte y la globalización de la indiferencia, y frente al síndrome de la conciencia fragmentada que está en la raíz de nuestra pérdida del sentido de humanidad, la universidad ligada a la Iglesia católica no puede permanecer indiferente. Por su propia vocación debe trabajar para reconstituir una inteligencia católica, o mejor dicho, para meterle inteligencia a la Iglesia como misioneros en el ámbito de la cultura.

El término "inteligencia católica" puede resultar chocante, así que debo explicarlo con más cuidado para evitar confusiones. La Iglesia católica en su milenaria historia nunca había tenido un laicado tan bien formado, altamente profesional y dispuesto a trabajar en comunión con nuestros pastores como ahora lo tenemos.

Formar y articular una "inteligencia" católica quiere decir que los académicos e intelectuales sean capaces de proponer y dialogar con un mundo plural y diverso, siempre en amoroso compromiso con el Magisterio y con la comunidad de fieles, en diálogo con la religiosidad del pueblo, fieles a la doctrina de la Iglesia y orientados por su doctrina social. Se trata de hombres y mujeres del común, profesionistas y trabajadores de la cultura en cualquiera de sus manifestaciones que estén dispuestos a estudiar, a formarse y a dar testimonio de la fe, para dar razones de la esperanza y así dar la batalla en el terreno de las ideas en colegios, universidades, medios de comunicación tradicionales y de vanguardia tecnológica, parroquias, oficinas y un largo etcétera.

A través de la acción cultural y educativa, nuestras universidades pueden colaborar como pocas instancias en este país para formar, empezando con los miembros de la Iglesia, una nueva ciudadanía comprometida con la propuesta cultural de la Iglesia que es, como ha insistido el Papa Francisco, integral. Una propuesta que parte de la innegociable dignidad de la persona y que abarca cinco áreas específicas. No como cajones cerrados, sino como puertas abiertas al campo: vida y familia, justicia y paz, libertad religiosa, educación y defensa de la dignidad. Un buen cristiano y virtuoso ciudadano firme en sus valores, respetuosa de los derechos fundamentales, comprometida con la vida y la familia,

la justicia y la libertad, pensando siempre desde y para el más débil, es decir, desde las periferias sociales y existenciales de nuestra dolorida humanidad.

La construcción de esta cultura no puede conocer tibiezas de nuestra parte y debe realizarse en diálogo con todos los sectores de la sociedad, en donde el diálogo no significa disolver nuestra identidad, sino afirmarla de manera clara, firme y respetuosa, dando razones de nuestra esperanza y testimonio de nuestra fe. Significa decir la verdad en la caridad a través de un encuentro en la razón para, desde la razón, proponer las verdades del Evangelio. Hoy, más que nunca, ser católico debe significar ser un ciudadano ejemplar. Hoy, más que nunca, la emergencia es educativa porque la raíz del problema es cultural.

Nuestra misión como trabajadores de la cultura es ser un grano de mostaza para formar una inteligencia activa al servicio de Dios y de su Iglesia en beneficio de la humanidad. No es tiempo de componendas, pues hemos sido llamados a la misión para esta nueva evangelización.

En diversas ocasiones, el Papa Benedicto XVI refirió a la crisis de las universidades de pretendida identidad católica porque han cedido a los procesos de secularización. Ya no tienen un factor que las identifique, ya no son más signo de esperanza en el mundo. La sal se ha vuelto sosa, la luz se ha puesto debajo de la estera, la semilla se niega a morir para dar fruto abundante.

Hoy, aquí y ahora, ante el fuerte y muy valiente magisterio del Papa Francisco, pensar en universidades vinculadas a la Iglesia que, en lugar de confirmar su identidad con serena firmeza, prefieren llamarse “de inspiración cristiana” me suena hueco. Lo lamento, pero así suena desde el lugar donde yo trabajo, así suena para quienes damos la batalla cotidiana dentro de la universidad pública, sobre todo cuando se trata de la UNAM.

¿Podríamos imaginar al Papa Francisco diciendo que él no es un Papa católico, sino tan sólo de inspiración cristiana? Su fuerte magisterio, su identidad sin concesiones, su misericordia y apertura al diálogo en la razón, su muy digno testimonio de un hijo de Loyola debe llamarnos a reflexión. Bien nos dijo en su homilía del 30 de enero de 2014 en Santa Martha:

El cristiano no es un bautizado que recibe el Bautismo y después va por su camino. El primer fruto del Bautismo es el hacerte pertenecer a la Iglesia, al Pueblo de Dios. No se entiende un cristiano sin Iglesia. Y por esto el gran Pablo VI decía que era una dicotomía absurda amar a Cristo sin la Iglesia; escuchar a Cristo pero no a la Iglesia; estar con Cristo al margen de la Iglesia. No se puede. Es un dicotomía absurda. El mensaje evangélico nosotros lo recibimos en la Iglesia y nuestra santidad la vivimos en la Iglesia, nuestro camino en la Iglesia. Lo demás es una fantasía, o como él decía: una dicotomía absurda.

Me trae a la memoria las palabras dichas por Benedicto XVI a los intelectuales católicos de Alemania. No es diluyendo la fe como nos hacemos más modernos. Necesitamos, recordando unas palabras que nos dijo a los mexicanos un 12 de diciembre: una fe fuerte, una esperanza vívida y una caridad ardiente.

5. Conclusión

Quiero concluir mis reflexiones con una invitación. Nuestro compromiso como universitarios está ahora íntimamente ligado al proceso puesto en marcha por Benedicto XVI y el Papa Francisco para la Nueva Evangelización. Todo esto tiene que ver, claro está, con sumarse a la transformación que vive la Iglesia desde la celebración del Concilio Vaticano II y que ha permitido al pueblo de Dios moverse en tiempos de gran confusión. Una invitación a ser Iglesia que en América Latina ha tomado la forma de la misión continental a la que invita la CELAM de Aparecida y que el mismo Papa ha puesto como ejemplo de Nueva Evangelización. Y en esto los laicos, también universitarios, tenemos una tarea inaplazable que asumir.

Hace poco el Papa Francisco abordó el tema de la Universidad católica. Con su acostumbrada claridad nos dijo, sin ambigüedades ni tibiezas:

En mi reciente exhortación apostólica sobre la alegría del evangelio he reiterado la dimensión misionera del discipulado cristiano que debe ser relevante en la vida de las personas y en la tarea de cualquier institución eclesial. Este compromiso de "discipulado misionero" tendría que percibirse de forma especial en las universidades católicas que, por su naturaleza, están comprometidas en demostrar la armonía entre fe y razón y en evidenciar la importancia del mensaje cristiano para una vida plena y auténtica.

Que Dios nos inspire en la bondad de Juan XXIII, la firmeza y capacidad de sufrimiento de Paulo VI, la valentía de Juan Pablo II, la humildad y fina inteligencia de Benedicto XVI y la misericordia del Papa Francisco. Que nos permita ser leales al Evangelio, enfrentando la vida con la sonrisa de Juan Pablo I.